

EL REGENERADOR.

PERIODICO OFICIAL.

MEDIO REAL]

AREQUIPA JUEVES 9 DE JULIO DE 1857.

[NUM. 52.

MINISTERIO GENERAL.

EL JEFE SUPREMO

A LOS SOLDADOS DEL EJERCITO

Y DE LA GUARDIA NACIONAL.

SOLDADOS: La guerra de castas suscitada en el Norte por el General Castilla, retardó el progreso de nuestras armas: el inaudito atentado cometido en nosotros contra la razón y la justicia por las fuerzas navales de una nación que a fuer de poderosa debía ser más moderada, nos dejó inermes a merced de nuestros enemigos: la traidora desobediencia del Jefe que ejercía la autoridad militar en Arequipa privándonos de vuestra cooperación sacrificó a vuestros valientes camaradas en el Callao, y por fin, una serie de viles traiciones provocadas por ambiciones delirantes, ó por el oro corruptor del campeón de la moralidad, habían reducido nuestra noble causa a una mortal é irremediable postulación—Viendo casi agotados los recursos de Arequipa por sus continuos sacrificios, creyó el General Castilla, que estábamos condenados a perecer en medio de esa heroica Ciudad, y un ejército de cuatro mil soldados vino, no a medir sus armas con las vuestras, no a disputaros cuerpo a cuerpo la victoria, sino a gozarse en contemplar desde lo alto de sus inexpugnables fortalezas las convulsiones de vuestra agonía. Se engañaron: no contaron con vuestro esclarecido valor. Vosotros habéis salido de vuestras trincheras y después de haberlos provocado a campo raso, les acometisteis en sus inaccesibles posiciones, y allí, les habéis reducido a una tercera parte de su número. El resto, ya lo véis, huye sin tino por lo más empinado de esas montañas, sin encontrar entre sus ásperas crestas una más segura que Yumina, de vuestras terribles embestidas. No es el número de los batallones ni lo fuerte de las posiciones quien decide de las batallas, el Dios de los Ejércitos es el árbitro soberano de las victorias. Poco tardarán nuestros enemigos vencidos en confiar su seguridad a la fuga; quizá será difícil seguirles el alcance.... Sea norabuena: nosotros ignoramos los designios de la Providencia, y si Castilla ha de continuar siendo su instrumento para nuestra expiación, si no podemos salvar la patria de la humillación y la ignominia, al menos, soldados, habremos salvado nuestra honra y la honra de Arequipa identificada con la vuestra. ¿Qué dirá de vosotros el espíritu de difamación y la necia credulidad que tan fácilmente le segunda, si para desmentirlos, dejais un testigo tan intachable como Yumina? En los escarpados flancos de esa pirámide colosal queda escrito con caracte-

res de sangre el nombre glorioso de Arequipa, y queda más todavía, quedan vuestros corazones generosos y vuestros invencibles brazos prontos a levantar nuevos monumentos a vuestra inmarcescible gloria.

Cuartel general en Porongoche a 30 de Junio de 1857.

M. I. DE VIVANCO.

CARTA

A S. E. EL GRAN MARISCAL
D. RAMON CASTILLA.

EXCMO. SEÑOR.

Con mucho gusto quebranto el propósito que hice en mi última carta de suspender definitivamente mi correspondencia con V. E. seguro de que ni V. E. mismo dejará de justificarme atendiendo a la importancia del objeto de la presente—Voy a darle cuenta, Sr. Excmo., del modo como el valor y la pericia militar, providencialmente protegidos, han librado a V. E. del más fuerte de sus enemigos.

Por el último vapor sabía V. E. que el General San Roman con su división y la del Coronel Freire se habían aproximado demasiado a esta heroica ciudad, de-obediendo las órdenes terminantes de V. E. y siguiendo sus propios planes. La cosa era muy clara: el ejército del Gran Mariscal ascendía a 3,500 hombres, entre ellos 300 de lujosa caballería y una regular brigada de artillería; tomando Arequipa, como en sus ensueños se lo había imaginado, resultaba más fuerte que V. E. y era por consiguiente él, su muy antiguo favorecedor el Mariscal, quien, en voz sonora y halagüeña y clara, diría entonces a V. E.—“continúa la discusión:” “sin duda ahora nos veremos las caras”—Había tan bien comprendido V. E., las ilustrísimas tretas, que ni se atrevió a mandar la división de su cuñado el General Canseco, ni mucho menos quiso V. E. arriesgarse a venir con su ejército de Lima. El temor era sobradamente fundado en la experiencia: a vuelta de sus espaldas sabe Dios lo que en la capital sucedía, y a su llegada a esta provincia muy probable era encontrarse con el Gran Mariscal unido al General Vivanco, en cuyo tantas veces pronosticado y bien supuesto caso, quedaba V. E. aquí como Quevedo, preso en el cañastillo, atado al cordel y contemplando el precipicio. ¡Pero, Dios ha librado a V. E. de su encubierto enemigo, el más fuerte, “sin duda,” porque tenía 3500 soldados, harta plata y buen terreno para maniobrar.—Vea V. E. como han pasado los hechos.

El General Vivanco había agotado los recursos de su vasto entendimiento para remediar aquí tamaños infortunios y conservar en orden su pequeño ejército de 1300 hombres; pero le faltaba lo principal—plata para hacer la guerra fuera de la ciudad, y aun más,—pan para mantener a sus soldados dentro de ella, mientras viniesen, si es que se atrevían a venir los enemigos, con la seguridad de ser sepultados en las trincheras de la invencible Arequipa. Hacer la guerra sin plata es un problema irresoluble, y a este anómalo y desesperado extremo había llegado la causa Regeneradora.—El Mariscal San Roman comprendió el conflicto, se decidió a explotarlo en provecho propio; pero, se le subió tanto de punto la alegría, que, alucinándose con presidenciales castillos, convenientemente edificados, dió crédito a las exajeraciones y vacías promesas de sus amigos de este lado de

las montañas: dejó a un lado las órdenes de no avanzar de Pócsi, con doble cautela comunicadas por V. E., y vino a situar su ejército en las alturas de Yumina, separadas, como V. E. bien sabe, por una honda y ancha quebrada, de Paucarpata, Cerro gordo y San Lucas. Allí formó sus trincheras resuelto, “sin duda,” a no abandonarlas por mucho que lo provocasen, porque, “sin duda,” sabía que 10,000 hombres no eran bastantes para acometerle con esperanzas de buen éxito.

El plan no era malo, Excmo. Sr: el río de Sabandía, que corre entre esa honda y ancha quebrada cubría el frente del ejército Sanromanista; innumerables andenes desde la orilla del río hasta la cumbre de Yumina hacen inexpugnable esta posición aun para un ejército como el de Xerxes; por ninguno de los flancos podía acometerse al Mariscal sin dejarle espeditos el camino y la entrada de Arequipa; finalmente, a retaguardia tenía franca, muy franca, su Señoría Ilma. lo principal “sin duda,” lo más esencial para sus planes militares:—la retirada hasta donde mejor hallase por conveniente. ¡Podía apeteecer más ventajas! ¡Plata, superior ejército, posiciones inmejorables y retirada cómoda,.... Nadie habría deseado más. En prueba de ello recordaré a V. E. que todos los ejércitos que por aquí han pasado desde la guerra de nuestra independencia, se han abstenido de atacar a su adversario en las posiciones de Yumina, de suerte que hasta ahora habían sido éstas las únicas en los alrededores de Arequipa que no tenían huellas de sangre.

Entre tanto en esta Ciudad, con muy raras excepciones, desde el primero hasta el último, todos querían, ansiaban, deliraban por pelear donde quiera que fuese posible. Desengañados de que el enemigo no venía, porque su plan era hacernos morir, sitiados, de hambre, por consunción, ¡el campo! decían todos, ¡a los cerros! ¡a donde quiera que se halle el enemigo! y así se hizo. Retumbaron las campanadas de rebato, salió el General Vivanco a la cabeza de sus pocos soldados, le siguió el pueblo armado y sin armas dando gritos de loco entusiasmo y lleno de fe en la justicia de su causa, no menos que en su proverbial valor; hicieron noche en el camino de Arequipa a Paucarpata y al amanecer del día siguiente, 28 de Junio, el pueblo Arequipeño presentó a su enemigo un cuadro imponente, sublime, aterrador. Ya no era dentro de las trincheras, sino en el campo raso, en las pampas de Miraflores, donde el General Vivanco a la cabeza del pueblo retaba al Mariscal, formando su línea de batalla, decidido a dársele sin menos desventajas que las que el arte militar pudiese en los momentos del combate conseguir. El General San Roman, por respeto ó por temor, que tanto vale, ó porque más seguro se consideraba en las cimas de los cerros, no hizo caso del desafío, ni se dió por avergonzado: colocó sus avanzadas en este lado del río, sobre la cumbre de Cerro gordo, dominando Paucarpata, y subió su artillería, en el lado opuesto, sobre la meseta de Yumina, conservando su infantería y caballería a retaguardia, en el caso del Laraquina.—Así durmieron los dos ejércitos la noche del día 28; pero no durmió el General Vivanco, que meditaba el plan de ataque y comunicaba sus órdenes al Jefe de E. M. G. para comenzar su movimiento a los primeros albos del día 29.—¡Noche feliz, Sr. Excmo., porque en ella se preparaba la destrucción del más fuerte enemigo de V. E.

Rayó la aurora de ese que en adelante será memorable día, y al reflejo de su tem-

plada luz brillaban las lanzas y fusiles del ejército regenerador que avanzaba sobre Paucarpata; el estruendo de las campanas de Arequipa anunciaba al pueblo que había llegado la hora anhelada del combate; en todas direcciones, hacia el frente del enemigo, caminaban presturosos y alegres innumerables ciudadanos armados, como corría hace poco el pueblo inglés a la Gran Exhibición; y a la verdad, Sr. Excmo., que era esta también una grande exhibición para el Perú: era la de un pueblo heroico que corría entusiasta y preñado de coraje a restaurar en el campo de batalla la riqueza peruana, vendida por V. E. al inglés y al francés, el honor peruano, vendido por V. E. al inglés y al francés, la paz peruana, puesta por V. E. en manos del inglés y del francés, la Religión de Jesu-Cristo, en fin, que V. E. ha herido afanándose por desterrarla del Perú. Si, Sr. Excmo.: sublime espectáculo presentaba el pueblo arequipeño delante de los cañones enemigos y a la faz de la República, dándole ejemplo de valor, de fe y de patriotismo.

A las siete y media de la mañana el General Vivanco, el primero, coronaba el Cerro-gordo, la vispera ocupado por las avanzadas del Mariscal; tras de aquel seguían su Jefe de E. M. G. el valiente Coronel D. Francisco Chocano, sus edecanes y 60 soldados de la columna de Inmortales. Al primer golpe de vista se hizo cargo el General Vivanco de la naturaleza del terreno, de las posiciones enemigas y de las que debía ocupar su propio ejército, y acto continuo dió al Coronel Chocano las órdenes convenientes para su plan de batalla. A las ocho, antes de estar formada toda la línea, se rompieron los fuegos y cúpole al General Vivanco la gloria de ser también el primero en recibir, con toda la serenidad que acostumbra en la pelea, las descargas de fusilería enemigas. El paisanaje y los 60 inmortales sostenían esta posición, mientras subía a ocuparla la primera División, mandada por el Coronel Canseco, para que apoyase el ala izquierda de la línea, como el punto principal, de cuya defensa dependía el buen éxito de la batalla. En seguida subieron al mismo cerro cuatro piezas de artillería, al mando del Comandante general de la brigada el bravo Coronel D. Federico de la Fuente, quedando las otras tres piezas en el alto de San Lucas, mas abajo de aquel, junto con el resto de la infantería; y la caballería se situó al pié de Paucarpata, es decir, cerrando la derecha de la línea, que se extendía en la misma dirección de las alturas de este lado del río de Yumina. Hecho esto comenzó el General Vivanco a recorrer su línea de batalla, tomando en el tránsito las providencias necesarias, entre las cuales no era la menos importante proveer de agua al ejército, que el enemigo la había cortado, y que se distribuyese el primer rancho, preparado anticipadamente, antes que se comprometiese el combate.

Serían las diez de la mañana, cuando el Gefe Supremo desmontó de su caballo en la planicie de San Lucas, al lado de su artillería, punto en blanco de la artillería enemiga, y se puso muy tranquilamente a almorzar, al mismo tiempo que rompían los fuegos de cañón desde el cerro de Yumina, en dirección de San Lucas. Allí interrumpe su militar almuerzo dando órdenes de hacer fuego y suspenderlo, según el blanco que presentaban las columnas del enemigo y presenciando los efectos que causaban las balas de cañón, que no muy mal le dirijian al principio. ¡No tan mal, que al tiempo de dar por segunda vez orden de hacer fuego, una bala de cañón mató a uno de nuestros valientes capitanes de artillería.

Desde entonces se avivaron los fuegos y se percibieron las columnas que a derecha e izquierda se movían sobre nuestra línea. Las piezas de cañón tan bien situadas como perfectamente servidas obraban de una manera admirable. El paisanaje avanzó de frente por el centro y por el ala derecha hasta la margen del río, haciendo volver caras a uno de los batallones que habían descendido de Yumina a la rivera opuesta. Comprometido por este lado el choque, al paso que por la izquierda se hacía un fuego vivo, bajó

otro batallón del General San Román por el centro y fué rechazado al instante por el batallón número 5 que muy a tiempo logró situarse detras de unos ranchos protegido por los fuegos de artillería. La Columna de Honor avanzó a retaguardia de aquel para servirle también de apoyo.

El General Vivanco, atento siempre a los movimientos de la línea del enemigo, percibió que el ataque por la derecha lo hacía con fuerzas delgadas y en guerrilla, al paso que por la izquierda le fiagueaban columnas gruesas, compactas. Rebozando de alegría exclamó entonces: "San Román está aturdido, se pierde sin remedio;" y explicó su contento al Gefe de E. M. G. diciéndole —que el ataque aparente de San Román era por la derecha y el ataque real por la izquierda. Un golpe de vista le bastó para comprenderlo y de esto dependió el triunfo. En consecuencia reforzó al Comandante General Canseco, que muy habilmente dirijía el ala izquierda, mandándole la 3a. división y ordenó que cargase el batallón número 5º por la derecha, para proteger al paisanaje que sostenía sus fuegos en la orilla del río. En efecto descendió aquel, dejó una compañía de reserva a retaguardia de la línea y avanzó el resto hasta ponerse a tiro. Se deslegó en guerrilla y principió hacer fuego ganando terreno. Entonces sale de su emboscada un escuadrón enemigo, carga en dispersion y carga también el batallón a que protejía; vuelve caras el número 5º y el paisanaje; multitud de espectadores que se hallaban muy a la derecha sobre los altos de Luna, corren también, porque otro escuadrón de San Román venía al galope por el camino de la Apacheta, y espárase la voz de que nos cortaban. ¡Momentos peligrosos... Pero felizmente se remedió todo. Doce lanceros de la Policía que estaban mas a la mano entraron por el camino de Yumina, y poco despues el escuadrón Lanceros de la Escolta, mandado por el bravo Coronel Sevilla, entró también por el camino de S. Bandita, unos y otros para proteger al número 5 y al paisanaje dispersados. El escuadrón Tiradores de Tacna a las órdenes del intrépido Coronel Albaracin sale al galope por la Apacheta; el Coronel Solar con dos oficiales y cuatro lanceros de su mando se brinda a acompañarlos, y el resto de la caballería avanza hasta el cruceiro de la última avenida de Paucarpata y el camino real a fin de acudir al lugar de mas peligro. El resultado fué—que Albarracín y Solar dispersaron completamente al escuadrón que cargaron, tomándole quince prisioneros, y Sevilla dispersó también al otro escuadrón dando lugar a que se replegase sobre su reserva el número 5 y el paisanaje.

Por el ala izquierda era cada vez mas vivo el fuego; las municiones escaseaban; se habían pedido desde las dos de la tarde a Arequipa y no llegaban, porque la multitud de paisanos desarmados que había corrido desde Luna obstruyó el camino y lo que es peor todavía, dió la falsa nueva de que estábamos cortados y la batalla se perdía. En tan críticas circunstancias cargó todo el grueso del ejército de San Román por la izquierda de nuestra línea intentando coronar otra altura que domina Cerro gordo. El Coronel Canseco corrió entonces su línea mas a la izquierda sosteniendo un fuego vivísimo; hizo avanzar sus columnas; carga el batallón Moquegua a la bayoneta, destroza a su adversario y le toma algunos prisioneros; se aumentan las columnas y el coraje del enemigo; nuestra artillería hace fuego oblicuo y directo con muy buen éxito; el Coronel Canseco pide refuerzos y municiones; sube al punto el batallón Cazadores de Vivanco; los edecanes corren llevando delante del caballo cajones de pertrechos; el General Vivanco vuela a las alturas y a presencia del peligro, lo mide, lo arrostra y lo salva.

Merced a su prevision y buen tino estaban ahí los batallones Legion, Moquegua, número 1º (ó Siete de Enero), Cazadores de Vivanco, la Columna de Inmortales, un batallón de la Guardia Nacional y algunos paisanos, fuerzas todas, inferiores en número a las que del enemigo cargaban.

Ardua Troya, Señor Excmo.: los soldados

del Mariscal (dignos de mejores gefes) cargaban como tigres y los del General Vivanco los rechazaban como leones; aquellos empujaban bárbaramente, confiados, sin duda, en la superioridad de su número; estos los repelían militarmente, con valor denodado, buscando a cuerpo libre las ventajas del terreno; los unos no daban muestras de ser dirijidos por sus gefes; los otros obraban obedeciendo a los mas bravos, serenos y capaces. El fuego era aterrador y corría de mas a ménos en toda la estension de la línea; el estruendo del cañón parecía que hacía bambolear hasta los cerros; la humadera espesa cubría el enemigo y sus fuegos le hacían reaparecer; unos gemían agonizantes; otros rodaban por paradas cuestras; por allí corrían despavoridos; por acá gritaban con el entusiasmo del que vence, y al fin los vivos al General Vivanco prevalecían sobre todo. La fuertes columnas enemigas huyen en dispersion por todas partes: ¡Dios concede la victoria a los valientes que defienden la religion del Crucificado.

El bizarro Comandante General Canseco, que tanto había abanzado sus columnas, mandó entonces parte al General Vivanco, avisándole que por su izquierda entraban mas fuerzas del enemigo y pidiéndole refuerzo para repelerlas. El Gefe Supremo observa con serenidad al enemigo y contesta: —"ese movimiento es inofensivo; sería un movimiento desconocido; el enemigo se pone en plena retirada por ese punto ó esas fuerzan en completa dispersion. De todos modos, que el Coronel Sanches se mantenga en su posición: no tiene necesidad de refuerzo, ni de municiones; con lo que tiene le basta para sostenerse"—En efecto así sucedía; el ojo certero del General Vivanco no se engañaba; la victoria se completaba entonces y no podía dejar de conocerlo intuitivamente el que había sabido alcanzarla.

Eran las seis de la tarde cuando se apagaron los últimos fuegos que se hacían para acabar de dispersar a los derrotados. Diez horas duró el combate sin que se interrumpiesen los fuegos. Obraron las tres armas y con las tres obtuvo la ventaja el General Vivanco. Dos escuadrones de caballería dieron magníficas cargas y dispersaron la caballería que era el Injo San Romanista; la artillería destroza las columnas en los momentos precisos, y los infantes decidieron el triunfo.

A las siete de la noche tocaba diana el ejército regenerador y repicaban todas las campanas de Arequipa.

Como la batalla ha sido de posiciones no ha habido tanta mortandad cual era de esperarse de diez horas de fuego infernal; sin embargo ha corrido alguna sangre. El Gran Mariscal ha perdido 2,000 hombres entre muertos, heridos, dispersos y prisioneros, y el General Vivanco ha repuesto con mucha usura las bajas de ese día. ¡Cosa rara para la historia de las guerras del Perú! el día 29 no hubo mas que un general en cada uno de los ejércitos beligerantes, de manera que el plan de batalla fué obra exclusiva del Gefe Supremo. Verdad es que este no habría podido vencer con su pequeño ejército sin la ayuda del pueblo; así como tampoco el pueblo no habría podido resistir el empuje enemigo, sin la dirección, sin el valor y serenidad, sin el tino, sin la capacidad militar del General Vivanco. Repito, Señor Excmo., que los soldados del Mariscal pelearon como tigres, y habrían vencido, si no hubiesen sido arequipeños los que le disputaron el triunfo.

Concluiré por decir a V. E. que a pesar de su enemistad tan antigua es forzoso que, si quiera esta vez, haga V. E. justicia al General Vivanco reconociéndole sus méritos; pues en vano intentaría, como siempre ha procurado V. E. ofuscar sus glorias, desde que somos innumerables los testigos presenciales de esta singular batalla.

Tengo el honor de felicitar a V. E. y suscribirme como siempre su muy atento y S. R.

Racine Dartons.

Arequipa Julio 1º de 1857.